

Ángela Serafina y su hija Bárbara: dos monjas capuchinas en la Barcelona postridentina

Rosa M^a Alabrús Iglesias*
Universitat Abat Oliba CEU

Ángela Margarita Prat nació en Manresa en 1543, en el seno de una familia pobre que no tardó en buscarle una casa en Barcelona, en la que pudiera ejercer de sirvienta. A los veinticuatro años, sus padres la obligaron a casarse, en 1567, con el sastre Francisco Serafín (desde entonces se la conoció como Ángela Serafina). No estaba enamorada y prefería ingresar en un convento, aunque al final se impuso el criterio paterno. Al poco de la boda sufrió todo tipo de humillaciones por parte de un marido violento y bebedor que perdió los ahorros familiares, con el juego y la prostitución.

La pareja tuvo descendencia: una hija, Bárbara, y un niño que murió, prematuramente. El padecimiento doméstico marcó la vida de Ángela, por lo que, a su hija Bárbara, le aconsejó siempre el no casarse:

Ya ves hija mía lo que padecía siendo casada, niña eras entonces, pero los trabajos míos eran tales y el maltratamiento de tu padre conmigo tan cruel que se dejaba bien conocer; jamás vi su cara alegre, una palabra amorosa oí jamás de su boca, sereno día no amaneció a mis ojos en su compañía; hízome criada y aún estaba de sus amigas y otras cosas sufrí que pudiera contarte y las callo por no referir pecados de mi marido y padre tuyo.

En varias ocasiones la niña oyó en boca de su madre que, de haberlo sabido, no se habría casado pues “no sabía que tu padre tenía estos vicios”. Igualmente, se lamentaba por haber perdido la castidad de aquel modo:

* ORCID: 0000-0001-5886-5347. Este trabajo forma parte del proyecto de investigación I+D+I del Ministerio de Ciencia, Innovación y Universidades & Unión Europea. Fondo Europeo de Desarrollo Regional “Una manera de hacer Europa”, titulado: “El discurso religioso y la gestión de las emociones femeninas en Cataluña entre el Barroco y la Ilustración”, con referencia PGC2018-094899-B-C54.

Y lo que más lloro y tengo por mayor desdicha haber perdido mi virginidad (...). El casar es como el navegar, que no sabéis si llegareis a puerto y si una doncella halla marido a su gusto, otra lo halla pesado y desabrido: si la una es amada y querida hallarás otras muy desamadas y aborrecidas de sus maridos¹.

Ángela Serafina encaminó a su hija Bárbara hacia el convento, lugar –le decía– en el que encontraría lo mejor para ella, dejando atrás cualquier tentativa de casamiento, que pudiera conllevar el riesgo de un cónyuge maltratador. A pesar de que, en 1583, Fray Luis de León publicara *La perfecta casada* con el fin de formar a las mujeres en las obligaciones y quehaceres de la vida doméstica², como buenas esposas, Ángela declinó el volver a casarse, tras enviudar en 1582. Ciertamente, esta manresana no sabía leer ni escribir y no se aplicaba en la lectura, pero sí en las labores asistenciales. Tras la experiencia sufrida tuvo claro que no volvería a ser una mujer recatada, humilde, modesta y virtuosa a partir del matrimonio (el suyo había sido un infierno) sino como beata y, posteriormente, como abadesa.

Sus consejos, en ese sentido, no dejaban indiferente a su hija Bárbara, que, en más de una ocasión, había planteado a la madre dudas acerca de su vocación religiosa, por lo que su progenitora perseveró al máximo en sus objetivos:

Cargas son estas hija mía, muy pesadas y daños que piden gran acuerdo y consideración y si me dices que por ventura no los padecerás. Te respondo ¿Y si los padecieras? Bien pensaba yo estar exenta y libre de ellos y ya que no todos los que acabo de referir a lo menos padecía muchos; pues no será nuevo en el mundo, la hija parecer a la madre. Pero la Virgen que se consagra a Cristo Sr. Nuestro y lo toma por esposo y le hace entrega de su corazón o en el siglo o en la religión que es lo más seguro y provechoso, está libre de todos estos males, porque el Esposo Cristo Jesús es cifra y cumplimiento de todos los bienes, de los cuales enriquece el alma y cuerpo de su Esposa, como dijo y experimentó Santa Inés. Es virgen abrazándole, es limpia juntándose con él, es casta y pura amándole es rica con pobreza, hermosa sin afeites, grande con humildad, reina y señora, con obediencia. Todo esto, hija de mi corazón, he querido representarte, no para hacerte fuerza a que tomes o dejes el matrimonio o la virginidad, más para que lo veas y consideres atentamente los bienes y trabajos del uno y otro estado y pidas con instancia al Señor te deje acertar en la elección del estado, del cual pende algunas veces la salvación. A mí me incumbía como a madre declarártelos y ponértelos delante, no para

¹ Archivo Segreto Vaticano (ASV), Congregationi Ritti Procesi (C.R.P.), 4328, Juan Pablo Fons, *Historia y vida de la Venerable Madre Angela Margarita Serafina, fundadora de religiosas capuchinas en España y de otras sus primeras hijas hasta el año 1622*, Barcelona, Casa de María Drexen, 1649, pp. 14-16

² Margarita Torremocha Hernández, “La perfecta casada: del modelo a las representaciones. La biografía de Francisca Zorrilla, escrita por su marido”, *Studia histórica. Historia moderna* 38, 1 (2016), pp. 223-254.

darle resolución, sino para ponerte en obligación de pensar en ella y después de pensado y encomendado a Dios, tomarla³.

Si la hija se casaba –pensaba Ángela–, aunque fuese de mutuo consentimiento, entre las familias de un mismo estamento social, como se estilaba tras el Concilio de Trento, y asumía su sumisión a un marido, seguía estando expuesta a que el consorte huyera del compromiso matrimonial, con la consiguiente pérdida del honor y escasas posibilidades de rehacer su vida⁴.

Ángela Serafina, al poco de la muerte de su esposo, llevó a cabo una ferviente vida religiosa primero como beata en Manresa y después en Barcelona. Al comienzo de su estancia en la capital catalana vivió en la casa de la también viuda Catalina Planes, cerca del monasterio de Nuestra Señora de los Ángeles. Cuando la peste asoló la ciudad se trasladaron a la casa del noble Josep Moradell, conjuntamente con otras mujeres abandonadas o solas, a modo de beaterio. Ángela les enseñaba como ganarse la vida con trabajos manuales diversos. Su deseo era que pudieran mantenerse y convertirse en “esposas de Jesucristo”⁵.

Las virtudes de la devota viuda se difundieron por toda la urbe: “Muchas doncellas seguían su ejemplo y se divorciaban del mundo y de la carne”, fascinadas por la figura de la beata Serafina. Otras “casadas y viudas se daban al recogimiento, de todos los estados, a la frecuencia del Sacramento”. Su fama de santidad llegó a ser tan alta que el obispo de Barcelona, Juan Dimas Lloris, solicitó entrevistarla para examinar sus coloquios con Dios y sus raptos continuos. Se difundió que, gracias a su oración continua y sus éxtasis diarios, Barcelona se había liberado del contagio de la peste. Dimas Lloris determinó, en última instancia, que el Santo Oficio catalán no la condenase, puesto que su devoción a Cristo y su vida en el beaterio, constituían un ejemplo de la reforma moral en la ciudad⁶.

La reputación adquirida por Ángela aumentó. Los reyes Felipe III y Margarita de Austria, en 1599, recién casados, fueron a visitarla. Consiguió importantes apoyos, tanto de la nobleza y la burguesía como de Clemente VIII, que aprobó la fundación del monasterio de Santa Margarita la Real de Barcelona (primer convento de capuchinas de

³ ASV, CRP, 4328. J. P. Fons, *Historia y vida de la Venerable madre Ángela Margarita Serafina...*, pp. 46-50.

⁴ M^a Luisa Candau Chacón (coord.), *Las mujeres y el honor en la Europa Moderna*, Huelva, Collectánea, 2014, p. 189.

⁵ ASV, CRP, 4328, J. P. Fons, *Historia y vida de la Venerable madre Ángela Margarita Serafina...*, p. 45.

⁶ *Ibid.*, pp. 22, 33-35, 58 y 70-71.

España bajo la observancia de la Regla de Santa Clara)⁷. En el proyecto fundacional la siguieron además de su sobrina (Marta Boigues), las dos hermanas Astorch (Isabel y Ángela) y varias beatas que vivían con ella (Victoria Fábregas, Magdalena de Pinós, Jerónima Ventura, Jerónima Capdevila, Isabela Vidala, Mariana Molins, Jerónima Pla y Eulalia Nogués). El papa, a instancias del rey de España y del nuncio Gaetano, confirmó la erección de dicho convento, enriqueciéndolo con varios privilegios el 22 de diciembre de 1604. Lo mismo hizo Paulo V el 26 de abril de 1608⁸.

Bárbara Serafina, la hija, acabó por seguir los pasos de su madre. Entró en el convento de Santa Isabel de Barcelona el 17 de septiembre de 1591 y profesó en el mismo lugar, como monja clarisa, al año siguiente, antes de que su madre fundase y profesase. Asistieron, como padrinos, personas calificadas como el inquisidor Francisco de Arévalo y Mariana de Peguera, hija de Don Luis de Peguera (que protegió a las beatas que acompañaban a Ángela Serafina antes de la fundación del monasterio de capuchinas), entre otros.

El que la joven no tuviera dote y dependiera de algunas donaciones, para su ingreso monacal, hizo crecer las ansias de la madre por fundar un convento de capuchinas en Barcelona, donde pudieran profesar hijas de padres honrados, sin recursos. A diferencia de Ángela, Bárbara estaba muy preparada intelectualmente, con grandes capacidades para la escritura, la lectura y el canto, además de tocar el órgano.

El 29 de noviembre de 1592, Ángela dio a Bárbara sus bendiciones, entre lloros y abrazos. Se arrobó al constatar lo brillante que era su hija y como aquella había seguido fielmente sus pasos. Bárbara, profesó como sor Estefanía y siguió recibiendo las directrices maternas:

Estimareis (hija mía) grandemente vuestra vocación y daréis gracias cada día a nuestro señor por ella y pediréis perseverancia. Aconsejaba prudentemente porque así como no hay vicio que más desmerezca los dones de Dios (dice san Bernardo) como la ingratitud, así no hay virtud que más los atraiga y si de todos los bienes debe dar gracias el Cristiano, de ninguno después del Bautismo debe mayores, que de haberlo Dios llamado a la Religión, porque es beneficio sin segundo. La perseverancia en el bien a si mismo debe pedir y agradecer a Dios, porque es don como la primera gracia, que no cae bajo de merecimiento, colmo de todos los bienes de gracia y de gloria.

⁷ Valentí Serra de Manresa, “La causa de beatificación de sor Ángela Serafina Prat, fundadora hispana de las clarisas capuchinas”, *Memoria ecclesiae* 25 (2005), pp. 521-534; *La vida quotidiana de les clarises caputxines a Catalunya i Mallorca: des de la fundació a les primeres Constitucions Generals (1599-1939)*, Barcelona, Facultat de Teologia de Catalunya, 2002, pp. 100-101.

⁸ ASV, CRP, 4327, *Proceso de beatificación a la Venerable sor Ángela Serafina*, pp. 20-22 y 46.

Tened grande estima de todas las Reglas de la Religión y ninguna tengáis por pequeña. Debela el Religiosos a su Regla, porque de otra suerte, mal las guardará y para observadlas acuérdesse lo que costaron al fundador, que son modelo de santidad, sendas de perfección, guía y camino del Cielo; finalmente por la lista, de sus Reglas, será examinado y juzgado en el artículo de la muerte.

Guardareis exactísimamente los votos que habéis hecho, con los cuales quedáis obligada con Dios, so pena de pecado mortal, en especial el de la obediencia; sed la primera en todo y obedeced a ciegas (...) La obediencia pide al religioso sin discurso, porque este es el gusano que roe su hermosura: Dios lo manda por boca del Prelado, no hay más que examinar, ni discurrir. En especial debe ser más pronta la obediencia en las cosas de comunidad, oración, coro, ejercicio, comida, porque esta falta es mayor por el escándalo.

Daos mucho a la oración y devoción y entre día rumiareis lo que meditasteis por la mañana. Es el alma del Religioso la oración, sin ella es cuerpo muerto, un Adán de barro y está sujeto a muchas miserias.

Entre día llevareis los sentidos muy recogidos, en especial los ojos y lengua, y no saldréis de la celda sin primero examinar para qué y de rodillas pediréis la bendición a la Virgen Madre de Dios, cuya devoción os encargo cuanto puedo para que os guarde.

No tendréis jamás a los que llaman devotos, que es peste de la Religión y la Religiosa pierda su honor. ¿Es así verdad y como pueden llamarse devotos los que roban la devoción y a veces la gracia y son causa de tantas faltas?

Examinareis cada día todas vuestras obras con gran cuidado y lo que hallareis de falta enmendadlo, con diligencia. Es eficazísimo medio el examen de conciencia, para reparar las faltas y aumentar las virtudes.

No murmuréis jamás de Religión, ni religioso alguno (...), menos murmuréis de vuestra prelada, ni de otra de tan justo por el Profeta vuestro convento. Es muy escandalosa esta falta y de grande ofensa a Dios.

Amistad particular no la tengáis y si con algunas tratáis no la regañéis y si con alguna tratáis más familiarmente, sea porque la veis más mortificada y aprovechada en virtud y podéis medrar con su trato (...).

Cuando os reprendiere la prelada y el confesor, escuchadlos, con toda humildad, pues hacen vuestro negocio y rogad al Sr. Por ellos y porque quien denunció y por quién denunció la falta a la Prelada⁹.

La viuda y todavía beata Ángela Serafina enfermó al poco de la profesión de Bárbara, por lo que los médicos le recomendaron salir de Barcelona. Se trasladó con Isabel Astorch y Marta Boigues a una casa de campo, cerca del monasterio de Pedralbes y del convento de Santa Eulalia. Isabel Astorch era hija de padres acomodados de Barcelona, por lo que estuvo bien formada y leía y escribía correctamente. Fue la primera biógrafa de Ángela Serafina, a quien admiraba profundamente. Tenía una hermana pequeña (Ángela Astorch) que, a los siete años, se indispuso a raíz de una ingesta de almendras. Su hermana Isabel la encomendó a Ángela Serafina. Ésta prometió resucitarla. A partir de sus éxtasis y arrebatos místicos, que le permitían “coloquios con Dios”, pediría que devolviese la vida a la pequeña Astorch: “Y en efecto resucitó y se la volvió a entregar a Santa Apolonia, en cuyo poder permaneció hasta la edad de 11 años. Luego pasó al instituto de las capuchinas y vivió en él unos treinta años y después salió para fundar”¹⁰. La fama de santidad de Ángela aumentó a raíz de sus dones sobrenaturales para la sanación.

Desde que Á. Serafina lograra (en 1599) el nombramiento del obispo para fundar Santa Margarita la Real procuró que la pequeña Astorch entrara en el mismo, en 1603. Solicitó a sus superiores, igualmente, llevarse allí a su hija Bárbara, alegando lo bien formada que estaba y cuanto podía convenir a la institución. Estaba convencida de poder llevar a cabo la reforma postridentina en la Barcelona de finales del siglo XVI, impregnada de la necesidad de rehabilitar las costumbres de la sociedad de la época a través del que fue su confesor Diego Pérez de Valdivia¹¹. Pero las nuevas generaciones que entraron en el monasterio de capuchinas, de extracción social más elevada, no tardaron en exigir a su abadesa documentación escrita que reflejase bien la observancia claustral de la Regla de Santa Clara, a la que ella no podía hacer frente, solo con la oración mental continua y sin saber escribir. Sus compañeras comenzaron a preconizar que lo mejor sería que Bárbara asumiera el cargo de abadesa, puesto que por su formación podría desarrollar esta tarea mejor que su madre:

⁹ ASV, CRP, 4328. J. P. Fons, *Historia y vida de la Venerable madre Ángela Margarita Serafina...*, pp. 51-52.

¹⁰ ASV, CRP, 440, *Proceso de beatificación de la Venerable sor Ángela Astorch*, p. 39

¹¹ Diego Pérez de Valdivia, *Tratado de la alabanza de la castidad*, Baeza, Juan de Bautista Montoya, 1597, caps. II y V.

Añadían, que pues sor Estefanía, hija de la madre Serafina, era religiosa de la misma Orden de San Francisco, profesora de la Regla de Santa Clara en el convento de Santa Isabel, ninguna sería más al propósito. No venía bien la madre Serafina en la mudanza, pero los motivos propuestos la inclinaron, a rendir su juicio al ajeno y permitir se tratase.

A Ángela le pareció que no podía dejar de reconocer a su hija por prelada. Por ello, acató con extrema humildad la designación a favor de Bárbara:

Tomó las llaves de casa y se las entregó, rogándola admita el cuidado del gobierno de todas, pues eran novicias y ella profesora; singular ejemplo de humildad, que siendo la cabeza, Madre, y fundadora y su hija de 22 años se reconozca súbdita e inferior a la que tan excesivas ventajas hacía. Que estima de la profesión! Que aprecio del religioso estado! Que ejemplo tan raro para los religiosos y monjas que beben los vientos por gobernar y mandar!

Mientras, Ángela sufría en silencio y constataba que su popularidad menguaba a raíz del debate suscitado en torno a cuál de las dos mujeres ejercería la autoridad en el convento:

Así las religiosas como otras personas devotas y graves sintieron mal de la mudanza y a esto les pareció nimia humildad de la madre encomendar a la hija de pocos años las llaves y gobierno de casa y sobrado ánimo de la hija aceptarlo todo esto era añadir al cáliz de la humilde Serafina que callaba, aceptando con resignación y paciencia las quejas que de ella corrían.

El tema trascendió por toda Barcelona. Incluso parece que se retiraron, momentáneamente, parte de las ayudas destinadas a la reciente fundación de Santa Margarita la Real:

Mostró bien el señor no serle de gusto el gobierno de sor Estefanía, como ni lo había sido la mudanza de su primera vocación porque la gente se retiraba, faltaban las limosnas, padecían las religiosas, los devotos menoscababan, la disciplina religiosa se amortiguaba y ella no tenía un día de salud con no pequeño dolor de su madre¹².

Bárbara Serafina (sor Estefanía) no aguantó tanta presión y acabó por renunciar al cargo de abadesa de capuchinas de Santa Margarita la Real. Volvió al monasterio de clarisas de Santa Isabel. A su madre se le rompió el corazón.

¹² ASV, CRP, J. P. Fons, *Historia y vida de la Venerable madre Ángela Margarita Serafina...*, pp. 84-87

Ángela Serafina representó la virtud de la fortaleza fundacional, al lado de Isabel Astorch, su secretaria y primera biógrafa, hermana de la también fundadora capuchina Ángela Astorch. Aquella encarnó el deseo de la salvación y perfección de los demás, la procuración de la oración con el ejemplo de continuas y elevadas penitencias. Las conversiones de pecadores, herejes e infieles y alivio de las almas del Purgatorio, en la época, fueron atribuidas a sus mortificaciones. A. Serafina e I. Astorch se avanzaban en el tiempo a los comentarios de María de Zayas (1590-1661) en sus *Desengaños amorosos* o en sus *Estragos que causa el vicio respecto a los hombres* con una voluntad de evitar que las mujeres fuesen víctimas del engaño masculino. Para ellas, el hombre, después del Concilio tridentino, estaba obligado a responsabilizarse más con una mujer, pero lo cierto es que la Iglesia, a pesar de haberse mantenido más estricta después del mismo, no había logrado erradicar el abandono de los compromisos de los varones¹³.

En la biografía que realizó Isabel Astorch de su compañera afirmaba lo siguiente, corroborando que aquellas mujeres que quisieren entrar en un convento, por maltrato o abandono del marido, lo pudiesen hacer sin necesidad de aportar dote alguna:

Así como un varón no tenía más que hacer para ser fraile que irse al convento y pedir el aviso y esto en cualquiera religión (...), en el caso de las religiosas, en esta forma, sin llevar dote ni renta (...) sino buen espíritu, pudiesen entrar en él y se cumpliesen los santos deseos de muchas almas que por no tener posibilidad quedaban refrendadas de este santo propósito ¿Es posible que tantos monasterios de varones que hay y todos puedan entrar sin llamar o llevar nada y que no haya de mujeres?¹⁴

Bárbara Serafina fue la hija, programada por su madre, con el fin de evitar la desdicha. Ángela Serafina procuró, por todos los medios, que no tuviera que soportar lo mismo que ella en su anterior hogar. Nada le hizo suponer que, tras aquel afán de sobreprotección hacia su retoño, respecto a los hombres, la propia observancia conventual acabaría por arrebatársela.

Ángela Astorch, que siguió el mismo camino que Bárbara, renunciando al matrimonio, sentía admiración por la madre de ésta, si bien opinaba de ella que era “rígida en extremo, así para sí misma como para los demás”, lo que le había generado cierta incompatibilidad entre ambas y dudas respecto a si profesar, definitivamente o no, lo que finalmente llevó a cabo en 1609, al año de morir A. Serafina. Heredó de ella el

¹³ Isabel Morant Deusa y Mónica Bolufer Peruga, *Amor, matrimonio y familia. La construcción histórica de la familia moderna*, Madrid, Ed. Síntesis, 1998, pp. 9-23; Javier Burrieza Sánchez, “La percepción jesuítica de la mujer (siglos XVI-XVIII), *Investigaciones históricas. Época moderna y contemporánea* 25 (2005) pp. 85-116.

¹⁴ ASV, CRP, 4334, *Proceso de beatificación a la Venerable sor Ángela Serafina*, pp. 32-33.

deseo de fundar, lo que llevó a cabo en Zaragoza y Cartagena. A diferencia de Ángela Serafina, que la “resucitó”, fue una apasionada de la escritura y la lectura (Sagrada Escritura, los versículos del Salterio, el Cantar de los Cantares) que la transportaban, intelectualmente, al fulgor espiritual y a las esferas interiores de Cristo y la Santísima Trinidad. Conocía bien la mística teresiana y el equilibrio entre vida activa y contemplativa, gracias al *Libro de la Vida* y a las obras de la monja abulense publicadas por Fray Luis de Granada a finales del siglo XVI.

Por último, la sobrina de Ángela Serafina, Marta Boigues, siguió en Santa Margarita la Real, llevando a cabo oración continua e intensos arrebatos místicos, como su tía. En este caso la preocupación de ella era rezar sin cesar e interceder ante el hijo de Dios para que Cataluña no se desangrase durante la revuelta catalana de la década de 1640 contra Felipe IV. El año 1643, en plena separación de Cataluña de la monarquía, tuvo -según P. Serra y Postius- intensos coloquios con Jesús y la Virgen María:

Sor Marta Boigues vio a su divino esposo... apenas acababa su petición cuando se halló estrechamente su alma unida, con el mismo bien, llenándola de gozo y alegría; viéndose adornar de la gracia divina y de celestiales dones y estando hermosea de dicho Jesús, que quien a él le amaba había de amar también así a su madre santísima, oyendo esto Marta, luego se postró a las plantas de la Virgen María que presente estaba y con venerable afecto le suplicó se dignase admitirla por una de sus más pobrecitas esclavas, lo que la Virgen, benignísima madre, le respondió que no la quería esclava sino hija y muy amada suya y en Fe de este amor, que le pidiese que era día de mercedes. Pidióle, suplicándosele, Marta se alcanzase de su divino hijo la deseada salvación y que, en todo trance, en toda hora, principalmente en la postreza de su vida le fuese el amparo, le diese asilo, madre y protectora. Lo mismo suplicó por todas las religiosas de su convento y por todas las escogidas por el señor¹⁵.

A diferencia de Ángela Serafina, Marta Boigues, en sus visiones, constataba las caricias y afectividades que le hacía Jesucristo y la Virgen María, al más puro efectismo barroco, que ella aceptaba con sumo gozo, lo que la primera, dado su rigorismo, nunca explicitó:

Estando en oración fue arrebatada en espíritu y estando sus ojos hacia el cielo vio a San Severo de quien se celebraba en la gloria imponderable fiesta. Violo muy hermoso con traje de obispo, con ropa morada, milagrosa cabeza y palma (divina del martirio) en la mano. Decía esta dichosa sierva del Señor y amante cariñosa de la Virgen que según el martirio que han padecido los santos mártires, este es menos o más el resplandor que

¹⁵ Biblioteca Universitaria de Barcelona (BUB), Ms. 194, Pere Serra y Postius, *Historia eclesiástica del Principado de Cataluña, en lo que pertenece a María Santísima dedicada*, Barcelona, 1714, vol IX.

tienen en el cielo y que el barcelonés Severo, era muy grande. Hizo demostraciones de júbilo, al ver a Marta, el Santo y ella bañada y gozo inefable se postró a sus pies y con fervor le suplicó, que pues era catalán y había sido obispo de Barcelona, que intercediese delante del trono de la beatísima Trinidad por los grandes trabajos gemía y así mismo por los demás de todo el Principado, pues no ignoraba la sangrienta guerra que lo devoraba y destruía y así mismo los grandes pecados y sacrilegios que los enemigos bárbaramente ejecutaban. Mostrósele el santo benigno y dióle demostraciones de que lo sentía y de que lo haría. Todo el día posó Marta, en el santo barcelonés y en el coro de los Mártires donde su divino esposo lo había puesto, esto es unido con ellos y con él, gozando júbilos sumos e infinitas dulzuras¹⁶.

¹⁶ BUB, Ms. 196, P. Serra y Postius, *Historia eclesiástica del Principado de Cataluña...*, vol XI.